

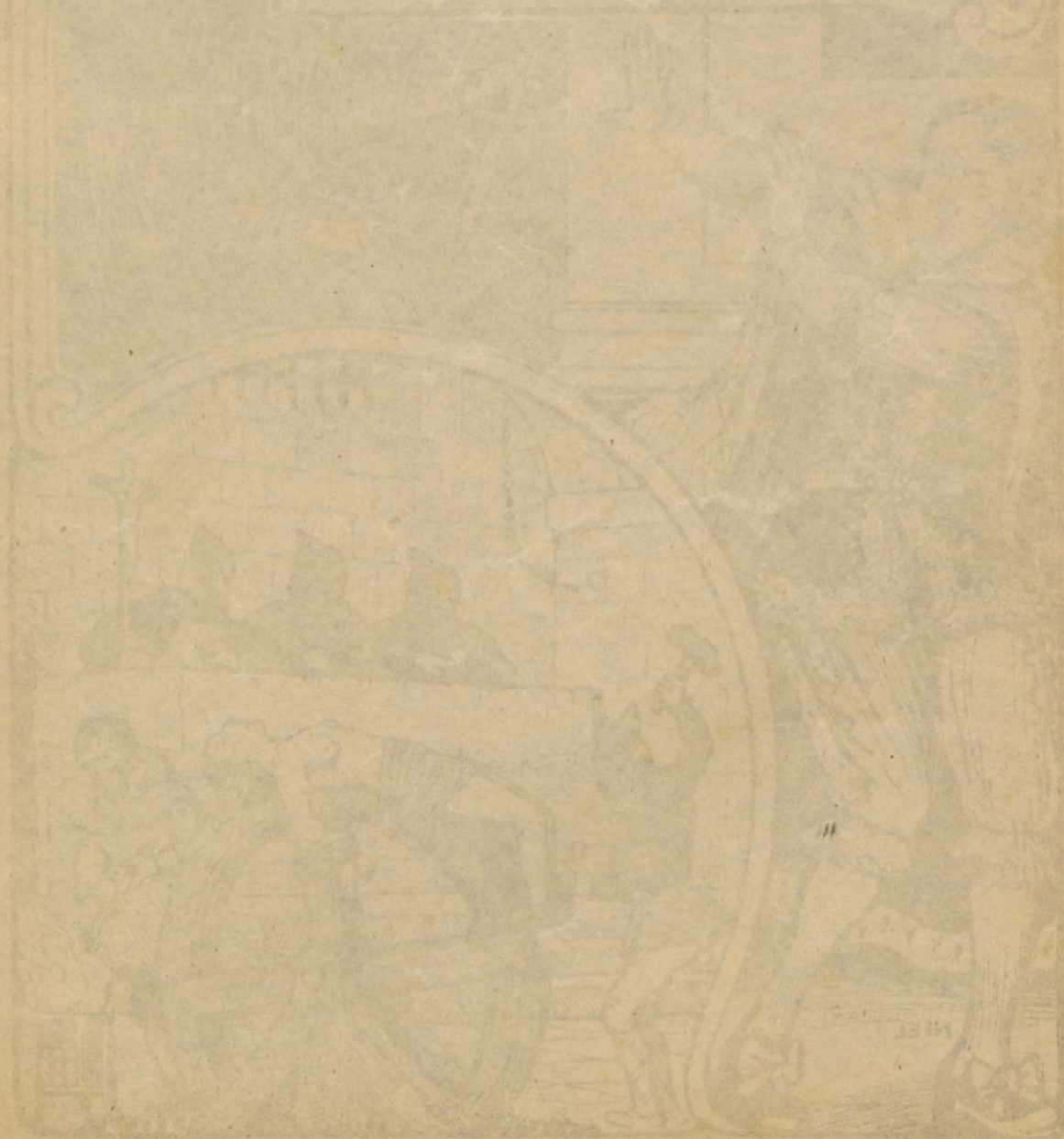
# CARLOS II EL HECHIZADO

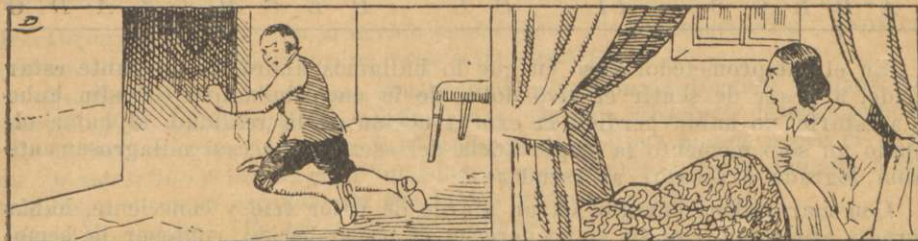
## O LA CRUELDAD DEL SANTO OFICIO



CARLOTTA

DE BACCHETTI  
SANTO SPIRITO





## CAPITULO XIII

# MISION COMPLICADA

I: LA HUELLA TRAGICA—II: LA MADRIGUERA—III: UN MUERTO EN EL UMBRAL  
IV: LA RONDA NOCTURNA

### 1

#### LA HUELLA TRAGICA

Alonso Pérez oficialmente había dejado de existir. El testimonio del Conde de Melgar bastó para que todos lo creyeran en la Corte. Si esto no era verdad, si el heredero de Medinasidonia había conservado la vida luego de la traición de Grendín, tan solo una persona podía saberlo y esta persona era Dimas, el ayuda de cámara de Portocarrero que a partir del instante en que los esbirros del Santo Oficio prendieron equivocadamente al Conde de Leitha, desapareció de palacio sin que nadie diera razón de su paradero.

Sabemos que hubo de acercarse al enamorado de Carlota poco después de haber sido el joven caballero herido o muerto por Grendín y preciso será encontrar al mencionado personaje siquiera para conocer la suerte adversa o feliz dentro de su desdicha, que el secreto destino había reservado al heredero del viejo Duque.

Para conseguirlo, volvamos un instante los ojos a Tatouner y al instante trágico en que luego de haber arrancado a Grendín la carta de la Reina quedó el bufón herido y refugiado en el mísero y reducido aposento de la posada.

Los contrahechos, los deformados, los que caminan por la vida llevando a cuestas la tristeza de una figura ridícula o monstruosa tienen sin duda, una sensibilidad diferente a la que disfrutan los seres normales. Acaso porque les falta la ilusión, quizás porque la preocupación de agradar no existe para ellos, que han de vivir amparados en la conmiseración ajena, disponen sin duda de una superior fortaleza de ánimo, resisten mejor la desdicha, alcanzan antes la resignación para los daños irremediables y en suma, gozan de una profunda filosofía en la que amparan su irreparable desgracia.

De esta clase de hombres, por su desdicha, era el bufón de la Reina. Difícilmente perdía la serenidad. Tatouner no recordaba haber sido víctima de la desesperación ni aún en los trances más amargos y difíciles de su existencia.

En el comprometedor caso en que lo hallamos ahora, no obstante estar herido, a pesar de sentir el vivo dolor de la cuchillada que Grendín hubo de asestarle, no había perdido la exacta noción de la realidad, ni había olvidado un solo momento la importancia del escrito que casi milagrosamente había logrado arrebatarse al escudero.

Con maravillosa energía, en un alarde de valor frío y consciente, había logrado, apretando con su mano derecha el pecho herido, contener la hemorragia en lo posible, detener la sangre para que tras ella no se le fuera la vida.

De otro modo por muy grande que hubiese sido su voluntad, las ideas debilitándose por instantes hubiéranse al fin borrado en su cerebro.

Tatouner sangraba y pensaba al mismo tiempo.

—No debo pedir auxilio—murmuraba en su escondrijo—. Tan pronto lleguen a oírme vendrán y al socorrerme forzosamente hallarán la carta de la Reina y el secreto será descubierto... Además pedería tiempo, no podría salir en busca de Alonso. Necesito saber si vive y entre tanto no debo ocuparme de nada de lo que a mí se refiere.

Utilizando los dientes y la mano izquierda logró arrancar un jirón de las ropas que cubrían el lecho colocado en la estancia y pronto improvisó un fuerte vendaje que anudó sobre el pecho a muy poca distancia de la herida. Escapábase la sangre pero no en cantidad suficiente para detener al rseuelto y contrahecho personaje.

Tatouner casi a rastras salió de su escondrijo, aplicó a sus labios una jarra, llena de agua hasta los bordes, que halló en el aposento y luego, no sin gran trabajo, logró saltar al alféizar de la ventana y ganar la calle por fin.

Había de volver sobre sus pasos, regresar junto a las cárceles del Santo Oficio, llegar junto al torreón donde Carlota había quedado prisionera y a cuyo pie Alonso cayó derribado por el disparo de Grendín.

Tatouner, sin un momento de desmayo, sin la más pequeña vacilación, emprendió el camino que le marcaba el logro problemático de sus propósitos.

La exigua fortaleza de sus piernas no le permitían caminar tan ligero como su afán y su impaciencia deseaban. Deteníase con frecuencia y hubo instantes en que creyó no poder proseguir la marcha. Un nuevo esfuerzo de voluntad obraba entonces el milagro y Tatouner avanza de nuevo.

—Ante todo es preciso salvar a la Reina—murmuraba con su terquedad de perro fiel, con su lealtad de servidor abnegado.

Una idea que súbitamente cruzó su cerebro le hizo reflexionar un momento.

—¿Y si Alonso hubiera sucumbido?... Entonces—se respondió a sí mismo—si no puedo llegar a palacio, destruiré la carta, la desmenuzaré entre los dientes.

Al fin el bufón tras su largo sacrificio descubrió las oscuras paredes de la cárcel inquisitorial. El fatal torreón se recortó en la noche, tétrico y amenazador. Tatouner aguzó la mirada pero las sombras invadían el pie del edificio. Era preciso acercarse, avanzar más, redoblar el esfuerzo.

Reptando dolorosamente llegó por fin al lugar donde horas antes Alonso había caído desplomado, pero el joven caballero había desaparecido.

Como sabemos Dimas momentos después de que el conde de Melgar lo

descubriera, había tomado al herido perdiéndose con él en estrecha y próxima calleja, pero el bufón ignoraba esta circunstancia.

Dominado por la sorpresa, quedó nuestro personaje durante algunos momentos. ¿Qué hacer? ¿Cómo conducirse en aquella absoluta desorientación?

A rastras como avanzaba y al apoyar una de sus manos sobre el pavimento, advirtió en la piel una humedad espesa. Acercó la mano mojada a sus pupilas y entonces escapóse de sus labios una exclamación:

—¡Es sangre! ¡Es la sangre de Alonso!

Enardecido por tal descubrimiento, cobró nuevas energías y avanzó siguiendo las trágicas huellas que iban marcándole el ignorado camino. Cada vez las manchas de sangre eran más perceptibles, se destacaban mejor por su tamaño en el obscuro y quebrado pavimento de la calleja. Por fin Tatouner llegó junto a la puerta de un pequeño edificio. El reguero de sangre cortado estaba en el umbral.

—¡Por fin!—suspiró el bufón.

Era preciso llamar, llegar hasta el herido, pero el abnegado personaje cuyas energías estaban agotadas, no logró realizar el esfuerzo que su afán le exigía.

Apoyó las trémulas manos sobre el muro, intentaba incorporarse pero sus rodillas doblábanse de nuevo. El nudo que sujetaba el improvisado vendaje amenazaba deshacerse. Tatouner hubo al fin de resignarse con la desagradable realidad.

—Esperaré. Antes que llegue la muerte entregaré la carta de la Reina o la destruiré antes de que nadie pueda descubrirla.

Y arrinconado como animal herido quedó junto al muro del edificio, agazapado junto al estrecho portal que le servía de cabecera.

El corazón le golpeaba el pecho y una profunda angustia amenazaba cerrarle la garganta.

## II

### LA MADRIGUERA

Digamos ahora qué había sucedido en el interior de la casa a cuyo portal llegó Tatouner para caer rendido.

Dimas gustaba de tener un secreto refugio para meditar y descansar aislado, solo con su conciencia y sus recuerdos.

Carecía de familia. Veinte años hacía que prestaba sus servicios al cardenal Portocarrero y antes durante los últimos años del reinado de Felipe IV, había figurado en la servidumbre de la Duquesa de Alburquerque, haciendo las circunstancias, que en ocasiones consintiera en ser confidente de la entonces hermosa y reverenciada cortesana.

El tiempo, implacable devorador de realidades, trocó más tarde en olvido el poder y la influencia de la Duquesa y Dimas, obligado a ganar su sustento acogióse a las órdenes y al favor del cardenal que no pocas veces acudía a los recuerdos y a los informes de su criado para resolver situaciones difíciles.

En estos casos Dimas, necesitaba desplegar una profunda picardía ya

que Portocarrero inclinado hacia la Casa de Austria, resultaba para Dimas, cuyas simpatías estaban de parte de la Reina, un peligroso enemigo.

En tales comprometidas situaciones, cuando Dimas estimaba que de su consejo podría derivarse un perjuicio para María Luisa, el criado acudía al refugio de su ignorada habitación y en la soledad de sus cuatro paredes, cuya blanca superficie con nada podía distraer el pensamiento, Dimas meditaba, estudiaba el gesto, la palabra o postura, el consejo hábil y en muchas ocasiones pasando ante Portocarrero como enemigo implacable de la Reina, favorecía a María Luisa alejando de la soberana más de un peligro que de otro modo hubiera resultado inevitable.

Y la secreta y modesta residencia ocasional hubo de servirle para trasladar a ella el cuerpo ensangrentado de Alonso Pérez.

Mucho trabajo le costó realizarlo. Apenas si podía sostener sobre sus brazos al herido, víctima de un profundo desvanecimiento. Por fortuna, la pequeña casa hallábase a muy poca distancia de las cárceles del Santo Oficio y bastó que la voluntad quisiera para que el propósito quedara cumplido.

Sobre el reducido lecho pegado a uno de los muros de la estancia, dejó extendido el cuerpo del joven caballero.

No faltaron hilas ni cierto maravilloso unguento traído de Flandes, amén de las vendas precisas para tan delicado menester.

Dimas advirtió con la satisfacción consiguiente que la herida sufrida por Alonso, no era grave. La piel desgarada, abundante hemorragia pero nada importante que hiciera temer mayores y más desagradables consecuencias.

—Es preciso apresurarme—murmuró—. Ante todo debo procurar que cuando el herido despierte no pueda descubrirme. Si esto sucediera difundida la especie perdería toda mi influencia con el cardenal y estaríamos perdidos.

Mientras movía sus labios silenciosamente respondiendo con ellos a la velocidad del pensamiento, practicaba en la espalda de Alonso una primera y meticulosa cura. Proseguía el desvanecimiento del enamorado de Carlota, lo que Dimas aceptaba como verdadera fortuna, y por fin pudo ceñir los vendajes y dar su caritativa acción por terminada.

Iba a separarse del lecho cuando advirtió que Alonso estremecíase profundamente.

—Va a despertar y es preciso desaparecer antes que eso suceda.

El caso previsto prodújose tan rápidamente que Dimas apenas si tuvo tiempo de ocultarse a los pies de la cama.

De poco le sirvió la rapidez puesto que Alonso hubo de descubrirlo si bien de un modo vago. Pudiera decirse que más que verlo, hubo de adivinarlo.

—¡Otra vez el viejo maldito!—pronunció el joven mientras procuraba incorporarse.

De haber tenido energías para realizar su propósito, hubiérase lanzado rápidamente fuera de la cama, pero era mucho su debilidad por la sangre perdida y antes de que Alonso lograra levantarse Dimas, arrastrando su cuerpo por el oscuro pavimento logró ganar la puerta y desaparecer sin dejar el más pequeño rastro que pudiera probar su presencia en la estancia.

Ya no le inquietaba al resuelto criado del Cardenal, el peligro que pudiera correr la vida de Alonso. Le reconocía el valor suficiente para que dueño

de sí mismo pudiera defenderse y al efecto y por si el joven lo necesitaba, el criado antes de salir dejó un agudo puñal sobre el piso de la habitación.

—Ya lo recogerá cuando lo descubra—pensó al emprender la necesaria fuga que habría de mantener su incógnito.

Su delicada situación no le permitía proseguir al cuidado de su protegido y resolvió volver inmediatamente a Palacio, dejando sin cerrar la puerta de la casa para que Alonso pudiera salir cuando así lo estimara oportuno.

Cauteloso descendió por la breve escalera y apenas pisó el umbral de la puerta saltó ligero a la calle.

Por miedo a ser descubierto ni siquiera volvió la cabeza y por esta circunstancia no pudo descubrir el cuerpo del bufón que hallábase agazapado junto al umbral.

Tatouner, por su parte, quiso llamar al criado, agitó los brazos, apoyó las manos en el muro para lograr incorporarse, pero la voz no salió de su garganta ni su cuerpo, como si la muerte antes de poseerlo le hubiese clavado sobre las piedras, realizó el más leve movimiento.

El bufón vió como Dimas se perdía en la noche, mientras de su pecho escapábase un hondo suspiro.

Las ideas iban escapando de su cerebro como aves espantadas por la muerte; quería pensar pero su conciencia torpe no atinaba con la muda y exacta expresión de su deseo. Procuró concentrar todas sus facultades anímicas y cuando le pareció haberlo logrado, presintiendo que la muerte se hallaba cerca, en un maravilloso esfuerzo algo de esa luminosidad súbita y poderosa que goza la llama de una bujía antes de extinguirse, procuró alzarse sobre el portal. Lo consiguió al fin y entonces cayó desplomado. El cuerpo del bufón quedó atravesado en el umbral de la pobre casa refugio del astuto escudero del Cardenal.

### III

#### UN MUERTO EN EL UMBRAL

Alonso, recuperando energías tras algunos minutos de reposo, buscó ávidamente por la reducida estancia la figura del viejo a quien suponía su mayor enemigo.

Un tanto supersticioso, que al fin era la superstición la enfermedad de la época, más consideraba el enamorado de Carlota la singular aparición, como fruto de algo sobrenatural y maravilloso, que como a un ser de carne y hueso que así fuera jalonando con su misteriosa presencia el ignorado camino de su desdicha.

Desalentado después de la búsqueda inútil se detuvo en el centro de la estancia. Entonces advirtió los vendajes que rodeaban su cuerpo, las ropas ensangrentadas que permanecían a los pies del revuelto lecho. Esto le ayudó a despertar, o mejor dicho, a reconstruir en su recuerdo el trágico suceso de que había sido víctima.

Súbitamente se aumentó la palidez de su rostro. Llevó las manos nerviosas al ensangrentado cuerpo y luego corrió hacia sus ropas.

Trémulo, murmuraba:

—¡La carta!... ¡La carta de la Reina!... ¡He aquí todo el secreto! Deseaban arrancarme el documento y para ello han pretendido asesinar-me. No lo consiguieron pero la carta ha desaparecido.

Una rabia impotente, una profunda contrariedad cuya expresión no podía traducirse en palabras, agitó profundamente el espíritu de Alonso. Experimentó súbitos deseos de lanzarse a través de la noche tras aquella visión maldita que hubo de advertir al recobrar el conocimiento.

—¿Quién ha sido el ladrón?... Y por otra parte, ¿quién se ha preocupado de salvarme?

El enamorado de Carlota no pudo hallar para sus preguntas la oportuna respuesta.

Como pudo, vistióse las ensangrentadas ropas y ya se dirigía a la puerta cuando sus pies tropezaron con el agudo puñal del escudero. Limpia y brillante estaba la acerada hoja. En el puño de asta bien labrada no se advertía la más mínima señal que denunciara su procedencia.

Alonso, sin detenerse mucho a reflexionar sobre el extraño hallazgo, guardó en su cintura el puñal y a la mayor velocidad que le permitieron sus piernas dirigióse hacia el portal del edificio.

Allí esperaba al joven caballero, una nueva sorpresa.

Pronto tropezaron sus pies con el exánime cuerpo de Tatouner.

Retrocedió Alonso al advertir el insospechado obstáculo. Y al inclinarse para reconocerlo, un grito de sorpresa se escapó de sus labios:

—¡El bufón de la Reina! ¿Qué significa esto?

Tomó al derribado por los brazos, advirtió su frente fría con esa frialdad única y característica de la muerte y cuando, aterrado, iba a separarse del cadáver advirtió que en una de sus manos y sostenido por los dedos que se apretaban con espantosa terquedad, aparecía un papel manchado de sangre y cuidadosamente doblado.

Una profunda curiosidad llevó al futuro Duque a separar el misterioso escrito de la mano del muerto.

Instintivamente tembló al realizarlo. Su espíritu adivinaba lo que su pensamiento aún no conocía.

Un momento después, la incógnita quedaba despejada.

Alonso tenía ante sus ojos la carta firmada por la Reina, el documento dirigido al Monarca francés, y el enamorado de Carlota resistíase a creer lo que sus propias pupilas descubrían.

Rápido guardó el ansiado y secreto escrito y arrastrado por un deseo profundo, irresistible, de conocer el misterio que justificara tan extraordinario hallazgo, inclinóse sobre el cadáver.

#### IV

#### LA RONDA NOCTURNA

—¡Tatouner! ¡Tatouner!

Mientras Alonso llamaba al bufón, sacudía su cuerpo creyéndole, cuando más, desvanecido, no obstante hallarse convencido de antemano de que el abnegado servidor de María Luisa había traspuesto los misteriosos lindes de la eternidad.

No era posible arrancar a la muerte la explicación de tan extraordinarias circunstancias y el enamorado de Carlota separóse al fin, del cadáver y quedó unos instantes en actitud reflexiva.

Trabajo le costaba abandonarle definitivamente.

—¿Conducirlo al cementerio?... ¡Imposible!... Me descubrirían. Fuerza sería declarar entonces cuanto acaba de suceder y el secreto quedaría revelado. Puedo dejarlo en el interior de la casa. De este modo, tardarán en descubrir el cadáver lo suficiente para que yo haya salido de Madrid.

Resuelto a poner en práctica este pensamiento, inclinóse de nuevo sobre Tatouner y entonces advirtió la tremenda cuchillada que, asestada por Gren-dín, partía el pecho del bufón.

Alonso no obstante toda su voluntad, no pudo cumplir el propósito. Al principio de la calleja resonaron los pasos de los corchetes y la roja luz de los faroles rompió la sombra nocturna. Un momento más y el enamorado de Carlota sería descubierto junto a la víctima de un asesinato.

No podía perder un instante. Rápido, arrancó a Tatouner la capa grana con que se cubría y echándola sobre sus hombros emprendió una rápida fuga.

—Descubrirán al muerto, comenzarán las pesquisas, pero en el peor caso, nada podrán probarme.

Apresuró el paso tanto como sus escasas fuerzas le permitían y casi ahogado por la fatiga, llegó por fin a la Plaza Mayor apoyándose para no caer sobre una de las columnas que sostienen las viejas arcadas.

Allí reposó unos instantes y logró ordenar sus ideas. Le preocupaban las manchas de sangre que aparecían en sus ropas y que significaban en todo momento un detalle para infundir a quien pudiera descubrirlo, las más vivas sospechas.

—Es preciso cambiar de traje antes de nada. Luego salvara Carlota de cualquier modo, aun a trueque de prender fuego a las cárceles del Santo Oficio y más tarde cumplir el encargo de la Reina.

Mientras reflexionaba, había recobrado energías bastantes para reanudar su camino y saliendo a los Caños del Peral pasó luego muy cerca del convento de Santo Domingo y vino a dar en la calle de Convalecientes donde el palacio de Medinasidonia se hallaba enclavado.

Dominado por sus preocupaciones, olvidó embozarse en la capa del bufón para llegar más inadvertido hasta su casa, pero tal circunstancia hubo de tener para Alonso unas consecuencias insospechadas.

En Madrid todos se hallaban convencidos de su muerte, aumentando más el misterio de aquel supuesto asesinato, el hecho de no haberse encontrado el cadáver de la víctima.

Algún fraile, comentando el caso, no dejó de asegurar que lejos de considerar extraño el suceso, lo hallaba perfectamente lógico, toda vez que Alonso no se distinguía en verdad, por su amor a la Iglesia y que habiendo perdido, por tanto, la gracia de Dios, tanto su alma como su cuerpo, era bueno pensar que habíaselos llevado el diablo.

Aceptada fué la peregrina teoría y todos se hallaron conformes en que el joven heredero caminaba, conducido por Satanás, hacia los más profundos abismos infernales.

Así puede explicarse como uno de los criados del viejo Duque que per-

manecía junto a los umbrales del palacio, apenas reconoció al heredero que avanzaba apresurado hacia su residencia, ganara las amplias escaleras del edificio revelando en su carrera y en sus gritos, un supremo espanto.

—¡El condenado! ¡El condenado!

Alonso escuchó aquellas voces e instintivamente comprendió lo que sucedía:

Una viva inquietud sacudió su espíritu. Vióse descubierto, comprometido nuevamente por la persecución segura de que los esbirros del Santo Oficio le harían objeto. Nada sentía por él pero sí por la suerte de Carlota que veríase completamente abandonada a los lascivos deseos del inquisidor sin que Alonso pudiera valerse de la libertad que su falsa muerte le proporcionaba. Quedó indeciso unos instantes. Pronto vió que en su propio palacio corría la servidumbre hacia las ventanas del edificio. El momento resultaba de una verdadera angustia y la emoción, la sorpresa, apenas le permitían alejarse, avanzar en sentido contrario al lugar en que el palacio se hallaba situado.

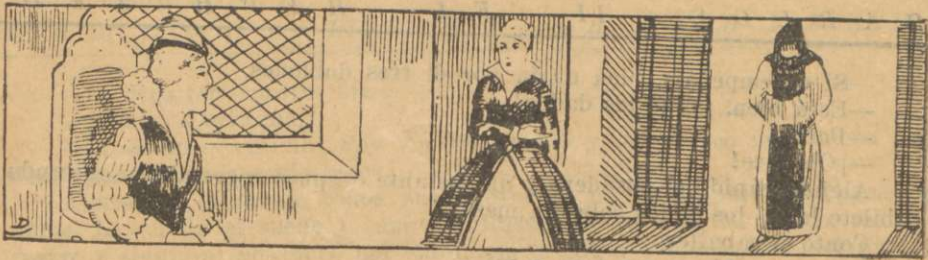
Afortunadamente para nuestro personaje los criados no pudieron descubrirle. Amparado tras la fachada de un próximo edificio vió como los compañeros del que inició la denuncia burlábanse del asustado fámulo.

Lo que pudo tener una gravísima importancia quedaba reducido a una pequeña alarma sin consecuencias lamentables para el joven caballero.

Alonso reaccionó por fin murmurando:

—¡Me creen muerto y de ahí el profundo terror de ese imbécil! Acaso esa creencia pueda suponer para mí una preciosa ventaja.

Retrocedió y antes de que nadie pudiera comprobar la denuncia, caminó en dirección contraria alejándose del palacio, hasta dar en un viejo mesón enclavado en la calle de Toledo.



## CAPITULO XIV

# UN PUÑAL Y TRES DOBLONES

I: EL APARECIDO—II: EXCUSA OPORTUNA—III: UN AVISO INESPERADO  
IV: LAS ROSAS DE LA REINA

### 1

#### EL APARECIDO

El pesado aldabón se alzó y cayó tres veces sobre la claveteada puerta.

—¿Quién va?—interrogó el mesonero.

—Quien necesita de tu casa y de tus servicios.

—¿Vuestro nombre?

—Abre. ¡Voto a bríos! Es caballero principal quien llama a tu puerta y el nombre no te importa.

El posadero, no sin vacilar algunos instantes, hizo girar por fin el pesado postigo y un embozado atravesó el umbral de la posada.

El mesonero hubo de seguirle llevando alzado en su mano derecha el viejo candil de aceite y a favor de su llama roja y vacilante si bien no pudo descubrir el rostro de su huésped, si advirtió cuando éste descansó sus brazos sobre la mesa el terciopelo y la bordada seda de sus vestiduras de Corte. Este detalle si bien le tranquilizó acerca de la persona, no dejó de aumentar su inquietud.

El recién llegado no dejó al posadero que prosiguiera en sus rápidas reflexiones. Alzado había el extremo de su capa y a tiempo que depositaba un puñal sobre la mesa dejó ver una mancha de sangre que aparecía sobre el pecho de su jubón.

Retrocedió un paso el mesonero pero acaso temiendo por su vida, no despegó los labios.

—Dime pronto... ¿Cuánto vale ese puñal para ti?

Vaciló el posadero antes de responder.

—Yo señor, soy hombre pacífico y en mi casa más que necesitarlos, estorban los puñales... Cuando alguno de mis clientes quiere matar a un compañero, ya se cuida de traer el arma necesaria.

—¿Quién te pregunta semejante cosa? Deseo saber solamente cuánto darías por él.

—Ya os dije señor...

—¡Basta! ¿Eres tan imbécil que todavía no has comprendido?

—Si os empeñáis, bien daría por él tres doblones.

—Está bien. ¡Trae los dados!

—Pero...

—¡Obedece!

Alejóse rápido el posadero y un instante después regresaba y agitando el cubilete lanzó los dados sobre la mesa.

Contó el caballero:

—Cinco... Ahora me toca a mí...

Jugó a su vez y un segundo después exclamaba satisfecho:

—¡Siete!... Ya lo ves... Me debes tres doblones.

No había lugar a la protesta.

El mesonero, comprendiendo que oponiéndose, hallaría para él peores consecuencias, dejóse llevar por la extraordinaria aventura y corriendo extrajo de una pequeña bolsa los tres doblones que solicitaba el caballero.

Este guardó el puñal y las monedas y siempre escondiendo el rostro, pronunció:

—Tráeme la cena.

—El almuerzo diréis, señor. Pensad que ya está amaneciendo.

—Hablas más que te piden. ¿Qué te importa la hora si el servicio han de pagártelo en buena moneda?

—¡Razón tenéis! Voy a servirlos.

Alonso comprendía que sin reparar sus agotadas fuerzas mal podría intentar lo que se proponía. Una profunda laxitud le dominaba y era preciso combatirla y vencerla.

Minutos más tarde comía con singular apetito no sin antes haber cambiado de posición a fin de que el tabernero no pudiera reconocerle al bajar el embozo de la capa.

Las viandas eran colocadas en la mesa inmediata y Alonso iba pasándolas a la suya y consumiéndolas con extraordinaria rapidez.

—Tan pronto acabe—imaginaba—obligaré al posadero a que me venda uno de sus vestidos. Al fin he de pagarle con su propio dinero. Alonso Pérez ha muerto y habrá de resucitar cuando llegue el momento oportuno. Entre tanto aprovechemos las circunstancias.

No pensó en que su propia naturaleza, su lógico rendimiento, luego de sufrida su extraordinaria aventura, podría traicionarlo haciéndole variar de camino.

No bien apuró el último tajo cuando el sencillo vaso de estaño escapóse de su mano pesada y torpe. El sueño le rendía, anulaba todas sus proyectadas actividades. Su naturaleza exigía el descanso imperiosamente y acabó dejando caer la cabeza sobre los brazos cruzados.

El posadero observaba sin perder un detalle. Contrariado al convencerse de que su extraño cliente no abandonaba el mesón tan pronto como había supuesto, hubo de murmurar:

—Se duerme y esto significa una grave complicación. Pronto comenzarán a llegar los arrieros, le descubrirán, empezarán los comentarios y esa sangre... ¡No! Es preciso evitarlo de cualquier modo y rescatar además los tres doblones.

—¡Caballero! ¡Caballero!

—¿Qué quieres?—respondió Alonso sin alzar la frente.

—Estáis rendido y es malo el sitio que habéis elegido para descansar.

—Es cosa mía y no debes preocuparte.

—Lo digo por vuestro bien.

—¿Piensas echarme?

—¡Todo lo contrario! Soy vuestro criado y os ofrezco una buena cama donde nadie pueda molestaros.

Alonso, a pesar de todos sus proyectos no halló palabras para oponerse. Le rendía el sueño y casi mecánicamente se alzó del banco, recató el rostro y siguió al posadero por empinada escalera cuando ya el sol pugnaba por atravesar con sus rayos los sucios cristales de las ventanas.

Momentos más tarde el heredero del viejo duque caía pesadamente sobre el duro lecho de la posada y el sueño invencible cerraba de nuevo sus párpados.

El mesonero que si bien había salido de la estancia, esperaba acaso este momento oculto tras la vieja puerta, se acercó a su huésped y así que consiguió descubrir su rostro, retrocedió experimentando una viva sorpresa.

—¡Don Alonso!... ¡El asesinado!

Paso a paso retrocedió hasta el umbral y procurando no hacer el más leve ruido descendió hacia la taberna que ya empezaban a llenar sus clientes habituales.

Antes había procurado cerrar bien la puerta del aposento donde Alonso Pérez reposaba y guardar la llave cuidadosamente.

## II

### EXCUSA OPORTUNA

Las circunstancias íbanse ucediendo y aun complicando la situación de tal modo que el padre Pascual, no obstante sus prisas para comunicar al inquisidor los importantes descubrimientos hechos por el fraile en el dormitorio de Mariana de Austria iba retrasando a su pesar el instante de realizar su confidencia.

Cuando el carcelero sacó de la cámara del tormento al embajador austríaco sin imaginar el triste fin que sus propias palabras habían de producirle, consideró el padre Pascual que había llegado el deseado instante de hablar al chasqueado inquisidor, pero éste sin hacer caso de sus palabras, pasó rápido junto a su secretario, dirigiéndose al aposento donde el admirante de Castilla había presenciado la extraordinaria escena que ya conocemos.

—Le ruego que me escuche Monseñor... Le aseguro que se trata de algo muy importante.

—Callad ahora padre Pascual, ¡Ya me lo diréis!

Y mientras el impaciente secretario deteníase, con forzada resignación a la entrada del estrecho pasadizo, el padre Mendoza, brillantes las pupilas, trémulas las manos y todo él dominado por una ira sorda y terrible, penetraba como una tromba en la estancia ocupada por el conde de Melgar.

Este, que ya esperaba semejante visita, procuró no perder la serenidad y el aplomo que había de salvarle.

Tranquilo, por lo menos en apariencia, recibió al inquisidor y escuchó sus primeras palabras.

—En verdad—dijo el padre Mendoza al descubrir al cortesano—que no podía suponeros un valor semejante.

—Vos diréis, monseñor. No acierto la razón de tal elogio.

—Es muy sencilla. Lo sucedido tan sólo puede explicarlo un exceso de soberbia por vuestra parte.

—Os suplico que...

—Habéis creído, sin duda, que vuestros títulos, que vuestra importancia en la Corte eran bastante para desafiar mi poder y para burlaros del Santo oficio.

—¡Monseñor!...

—No se explica de otro modo, Conde de Melgar, cuando después de burlaros del inquisidor permanecéis voluntariamente en este lugar.

—Esa es la mejor prueba monseñor de que estáis equivocado. A la inquisición no hay poder humano que pueda oponerse. La cámara del tormento, el sólo espectáculo de vuestros hierros, de vuestros aparatos de martirio, es algo que turba el ánimo del hombre más valeroso, y tengop or gran fortuna ser familiar del Santo Oficio y amigo vuestro. Os juro que podéis creerme sin la menor duda.

Este pequeño discurso pronunciado con tan absoluta seguridad en el concepto, desconcertó no poco al padre Mendoza, que sorprendido, guardó unos instantes de silencio, sin dejar de observar la serena expresión que aparecía en el rostro del Almirante.

Por fin, y aún no dándose por vencido, exclamó:

—Vos sabíais que en lugar de Alonso Pérez era el embajador austríaco.

—Es cierto Monseñor. No lo ignoraba, puesto que con mis propios ojos pude descubrir el cadáver del heredero del Duque y así hube de comunicarlo a Su Majestad.

—Y no me lo dijisteis.

—Recordad que vuestra precipitación evitó la confidencia y que ante testigos yo no podía expresarme con entera franqueza.

—Es cierto que antes de ocultaros quisisteis hablarme.

—¿Lo recordáis por fin?

—En efecto. Comprendo que ha sido mía la culpa.

—Menos mal que afortunadamente vuelvo a vuestra gracia.

—Lo que no puedo comprender es la razón de tal cambio.

—Muy sencilla. Tanto yo como los esbirros prendimos junto a la puerta del Alcázar al embajador creyendo que se trataba del heredero del Duque. Al fin y al cabo, enemigo por enemigo...

—No es lo mismo. Alonso me interesaba más.

—¿Lo decís por Carlota?

—Hay preguntas inconvenientes, amigo mío.

—¡Bah! Carlota se halla en vuestro poder y fácil os será de cualquier modo conseguir lo que deseáis.

—Me gusta más convencer que obligar.

El cinismo que revelaban estas palabras hizo que a los labios del almirante asomara una débil sonrisa que el padre Mendoza no pudo advertir.

El inquisidor había inclinado la frente y mientras meditaba, el Conde de Melgar felicitábase por el buen éxito de su pequeña traición.

Difícil es saber como hubiese terminado aquella entrevista, si cuando menos lo esperaban nuestros dos personajes, no hubiesen resonado suavemente dos golpes en la cerrada puerta del aposento.

—¡Nos espiaban!—exclamó el Conde.

—No... Tan solo el padre Pascual conocía mi permanencia en este aposento y grave debe ser el motivo cuando se atreve a interrumpirnos.

Mientras pronunciaba estas palabras el inquisidor deóu libre la estancia y en el umbral, en actitud de una humildad absoluta, apareció el padre Pascual.

Fácil es suponer que no llegaría hasta el inquisidor para relatar su descubrimiento en Palacio a pesar de toda su impaciencia, hallándose junto al padre Mendoza el Almirante de Castilla a quien precisamente había de delatar. Esperó a ser interrogado.

—¿Qué queréis padre Pascual? ¿No podíais esperar a que terminara mi conversación con este caballero?

—Vos lo habéis dicho, monseñor. Se trata de algo que sin duda ha de sorprenderos... tanto a vos como al señor Conde que nos escucha.

—¡Explicaos!

El Almirante y el inquisidor ante aquel exordio habían cambiado una mirada de extrañeza.

El padre Pascual expresó por fin:

—Monseñor el Cardenal Portocarrero os espera en la sala de visitas.

—¡El Cardenal!

—O lo que es lo mismo, el señor Presidente del Consejo de Castilla.

—¡Vuestro mayor enemigo!—murmuró el Almirante.

—Siempre que sea él el que me busque...

—Sin embargo... No confiar demasiado.

—¿Me acompañáis?

—No, monseñor. Prefiero ignorar el motivo y os pido permiso para retirarme.

El Almirante recordaba su cita con el padre Froilán y temía que una posible complicación le impidiera cumplir su compromiso.

—¿Si os necesito?

—Aguardadme mañana. Os juro que sobre todos los negocios, mi cuerpo exige algunas horas de descanso.

—Idos pues, Mariana os podrá comunicar sin duda, grandes novedades.

El inquisidor al pronunciar estas palabras cuya verdadera intención no supo comprender el Almirante, dejó escapar una débil sonrisa y luego salió del aposento.

El padre Pascual considerando que aún no había llegado su hora, regresó a la sala de visitas para anunciar a Portocarrero la próxima llegada del inquisidor.

Momentos más tarde los dos enemigos que luchaban disputándose una corona, hallábanse frente a frente.

### III

#### UN AVISO INESPERADO

Para explicar el motivo de tan insospechada visita preciso es retroceder al instante en que Dimas, temiendo ser sorprendido y reconocido por Alonso Pérez, abandonó la pequeña casa ocupada por el herido, dirigiéndose al Alcázar.

Buscó el escudero la escalera secreta que ya conocemos y no bien llegó a la antecámara de la Reina, pudo descubrir el desplomado cuerpo de la vieja Duquesa de Alburquerque.

Corrió hacia ella y pegado tenía el oído al pecho de la cortesana espiando los débiles latidos de su corazón, cuando a través del cortinón que le separaba de la cámara regia, hubo de escuchar la voz de Carlos II.

Había el monarca con María Luisa y sus palabras resonaban con insospechada energía.

—Supongo señor, que condenáis a un inocente—decía María Luisa.

—No es verdad—replicaba el monarca.

—El pecado viene de más alto y son otras manos señor, las que debían ser castigadas.

—¿Vos me lo aconsejáis? ¿Me lo exigís?

—¡Si yo tuviera las pruebas!

—No preocuparos. Si las tuvierais yo mismo estaría obligado a destruirlas... para no castigar al culpable.

—¿Le conocéis entonces?—interrogó María Luisa mirando fijamente al Monarca.

Carlos II inclinó el rostro y murmuró sordamente:

—Le conozco, señora... ¡No puedo negarlo!

—¿Y condenáis a Grendín?

—Su muerte servirá de ejemplo.

—¿Y no encontrará ese hombre medios de salvarse?—interrogó intencionalmente la Soberana.

—¡No hay salvación posible!

—Si tuviera algún documento, alguna prueba comprometedora...

—¡Ninguno!

María Luisa respiró con relativa tranquilidad. Grendín no había entregado la carta.

Un momento después Carlos II salía de la regia cámara y Dimas que no había perdido una sola palabra de la regia conversación, tomaba en sus brazos a la vieja Duquesa de Albuquerque y desaparecía con ella camino de las miserables habitaciones que la dama ocupaba en Palacio.

La depositó sobre su lecho sin que la dama despertara y luego, procurando caminar levemente volvió sobre sus pasos y minutos más tarde aparecía ante los ojos del Cardenal.

## IV

## LAS ROSAS DE LA REINA

—¿Has aparecido por fin?—interrogó Portocarrero fijando sus pupilas en la figura de su ayuda de cámara.

—Perdonad, monseñor. Grendín es amigo mío. Mútualmente nos profesamos un profundo cariño y al conocer la triste suerte que le espera, me afecté de tal modo, que hube de recluirme en mi aposento.

—Es cierto. Con Grendín nos quitan un valioso elemento.

—Pensaba yo, monseñor, si no habría manera de salvarlo.

—¡Imposible! El Rey en ocasiones manifiesta una invencible terquedad y nada sería bastante a convencerle para que indultara al condenado.

—Dicen que han levantado ya la horca.

—Sin duda. Al amanecer la plebe llenará la plaza de la Cebada para presenciar el martirio.

—Si al menos dispusiéramos del embajador. Es hombre de iniciativa y quien sabe si...

El escudero no pudo terminar la frase. En el umbral del aposento acababa de aparecer la Condesa de Berlipo camarera mayor de la Reina madre. Portocarrero se alzó un tanto sorprendido del mullido sillón que ocupaba.

—¡Señora!

—Necesito hablaros sin testigos.

—Podéis hablar sin cuidado. Dimas goza de toda mi confianza... ¿Qué deseáis?

—Mi señora os espera.

—Lo siento, pero es inútil. El Rey ha prohibido...

—No lo ignora la Reina, pero es preciso que la veáis.

—Bien, pero...

—El oficial que vigila su cámara espera que ha de visitarla el confesor.

—¡Ah!

—¿Comprendéis?

—Perfectamente. Esperad un instante. Dimas...

El escudero adivinando lo que su amo necesitaba no esperó recibir la orden. Pasó a la estancia inmediata y a poco volvía con un hábito de fraile dominico entre las manos.

—¡Aquí lo tenéis, Monseñor!

Portocarrero pagó tal diligencia con un signo de aprobación y vistió el hábito apresuradamente.

Minutos más tarde, bien escondido el rostro bajo la capucha y acompañado por la Condesa de Berlipo, atravesaba la guardia que vigilaba el aposento de Mariana de Austria y llegaba por fin junto a la Reina madre.

—¡Cardenal!

—¡Señora!

—¿Sabéis lo que sucede?

—Acaso mejor que vos que difícilmente habréis podido adquirir ciertas noticias.

—El Duque se preocupó de informarme.

—¿Y pudo penetrar aquí escapando de su calabozo?

—No pudo, Cardenal.

—Entonces...

—Lo importante es que no ignoro nada de lo que ocurre. Grendín se ha negado a confesar el paradero de la carta firmada por Maía Luisa.

—Acaso ha confiado al secreto su salvación, pero en ello anda equivocado.

—Lo sé. El Rey se niega a indultarlo.

—Y de tal modo...

—Muera en buena hora si nadie puede aprovecharse del secreto.

—Sin embargo...

—Perseguir un imposible significa perder el tiempo lamentablemente Cardenal.

—Sin duda...

—Por lo mismo debemos procurar que otros caminos puedan conducirnos al triunfo.

—En verdad que no acierto a comprender.

—El embajador está preso en las cárceles del Santo Oficio...

—Por desdicha.

—Y es preciso que recobre la libertad a toda costa.

—¿Qué pretendéis?

—Dentro de dos días es el cumpleaños del Rey. Habrá recepción en palacio y... el conde de Leitha no debe faltar a la ceremonia.

—Pero...

—¿Halláis extraño que un embajador ofrezca a la soberana un magnífico ramo de flores? María Luisa como sabéis, siente una singular predilección por las rosas.

—¡Ah!

—¿Comprendéis? Esas rosas las mandaréis coger de los jardines de Palacio. Guardaréis esta pequeña redoma que ahora os entrego y antes de que las flores sean entregadas...

—Silencio señora. ¡Os juro que nos estamos jugando la cabeza!

—¡Poco valor tenéis, Cardenal!

—O mucha prudencia.

—El medio es excelente. Convenceos. Basta con aspirar algunos segundos para...

Portocarrero que apenas podía dominar su inquietud, interrumpió a la Reina madre:

—¿Decíais que era preciso sacar al embajador del calabozo?

—¡Imprescindible! ¡Nadie como él puede servirnos!

—¿Modo?

—Vos habéis de conseguirlo.

—¿En qué forma? Perdonad si acudo a vuestra iniciativa. Confieso que me hallo un poco aturdido... ¿Acaso pidiéndole al rey?

—Poco habríais de conseguir. El padre Mendoza no consiente ingerencias de la Corona en sus dominios.

—Entonces...

—Pediréis la libertad del Conde de Leitha al propio inquisidor.

—¿Habéis reflexionado señora?

—¿Tenéis miedo?

—Inquietud nada más.

—El inquisidor cederá. De otra manera provocaría un conflicto, una reclamación que en fin de cuentas podría perjudicarle.

—Bien—accedió el Cardenal tras una breve pausa—. Reconozco que la razón es buena.

—¿Entonces prometéis?...

—Cumpliré vuestras órdenes.

Portocarrero guardó la redoma que Mariana de Austria habíale ofrecido, salió del aposento y tras un breve diálogo con su criado, dirigióse a las cárceles del Santo Oficio.

La entrevista entre el inquisidor y el presidente, prometía ser interesante.



## ¿LE INTERESAN LOS LIBROS DE AVENTURAS Y VIAJES?

LEA LA INTERESANTE COLECCION TITULADA:

# LA NOVELA INFANTIL

QUE SE COMPONE DE LOS SIGUIENTES TITULOS:

- ROB-BOY, EL ESCOCES INVENCIBLE.—17 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
EL HOMBRE DE LA MASCARA DE HIERRO.—8 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
CORAZON DE LEON, EL REY AVENTURERO.—18 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
MONTBARTS, EL PIRATA JUSTICIERO.—29 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
DICK TURPIN, EL AUDAZ ENMASCARADO.—40 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
TOM TYLER, EL REY DE LOS COW-BOYS.—21 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
MANO DE HIERRO, EL ESPADACHIN INVENCIBLE.—12 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
BUFFALO BILL, EL EXTERMINADOR.—30 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
RUGGIEKO, EL MISTERIOSO.—8 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
KRAM, EL HIPNOTIZADOR.—8 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
KEN MAYNARD, EL COW-BOY INVENCIBLE.—16 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
BARBARROJA, LA FIERA DEL MAR.—15 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
SINMIEDO, EL DEMONIO DE LOS MARES.—50 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
LOS DEMONIOS DE LA SELVA.—8 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
JIM BOY, EL TERROR DE LOS PIELS ROJAS.—40 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
DRACK, EL REY DE LOS PIRATAS.—28 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
COLECCION DETECTIVESCA.—8 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
LOS DRAMAS MISTERIOSOS.—8 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
CORTACABEZAS, EL EXPLORADOR INVENCIBLE.—32 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
DE NORTE A SUR.—22 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
BILL NAVARRO, EL EXTERMINADOR DE LA PRADERA.—30 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
TOM MIX, EL COW-BOY INVENCIBLE.—40 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
LAS GRANDES AVENTURAS.—16 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
DIK, EL REY DE LA PRADERA.—16 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
EL CORREO DE LYON, O UN INOCENTE GUILLOTINADO.—6 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
AVENTURAS DEL CAPITAN RAYO.—8 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
LOS CINCO INVENCIBLES.—8 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
SANSON, EL PIRATA.—22 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
PUÑO DE ACERO, EL PEQUEÑO DETECTIVE.—8 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
LA VIDA AVENTURERA.—12 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
MASCARA NEGRA, EL VENGADOR.—40 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
BANDIDOS CELEBRES DE TODO EL MUNDO.—8 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
JOSE MARIA, EL REY DE SIERRA MORENA.—24 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
EL TESORO DE LA ISLA DE FUEGO.—16 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
LAS GRANDES AVENTURAS POR MAR.—14 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
BILL ROY, "El cow-boy justiciero" contra "OJO DE AGUILA" "El chagal de la pradera".—12 cuadernos, a 10 cts. cuaderno.  
LOS CAMARADAS DE SATANAS.—16 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
RAFFLES, EL REY DE LOS LADRONES DE FRAC.—8 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
LAS CATACUMBAS DE LONDRES.—18 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
HENRY KRACK, EL TERROR DE LOS PIELS ROJAS.—4 cuad., a 15 cts. cuaderno.  
BLANCOS Y PIELS ROJAS.—8 cuad., a 15 cts. cuaderno.  
EL DUQUE FANTASMA.—4 cuad., a 15 cts. cuaderno.  
BILL BULL, EL MAS CELEBRE DETECTIVE DEL MUNDO.—8 cuad., a 30 cts. cuaderno.  
CINEMATOGRFO DE AVENTURAS.—8 cuad., a 20 cts. cuaderno.  
EL CAPITAN LUCIFER.—6 cuad., a 70 cts. cuaderno.  
EL AVENTURERO MILLONARIO.—24 cuad., a 10 cts. cuaderno.

*Dichas obras puede Vd. adquirirlas por mediación de nuestros corresponsales o pidiéndolas directamente a esta Editorial. El pago debe ser anticipado por giro postal o en sellos de franqueo.*

Dirigir la correspondencia a las siguientes señas:

SR. D. JUAN BRUGUERA, EDITORIAL "EL GATO NEGRO"

MORA DE EBRO, 141

BARCELON